

al futbolista, y, añadirla yo; seguramente estaba vedado también al fragarismo y a Alianza Popular. Por cierto que, como estaban allí Marifer y Pepe Caballero, acordaron con Rafael que el próximo sábado presentaría Rafael una carpeta de grabados que trae consigo. La presentará en la misma exposición de Pepe, en Multitud.

Pero, lo reconozco, entre unas cosas y otras he abandonado un poco las exposiciones. Precisamente ayer me fui a la galería Durban, no para ver de nuevo, como merecía, la bellísima exposición de Sarah Grilo, sino para asistir a un encuentro del director del Museo de Caracas, Marcos Miliani, con una serie de artistas y críticos españoles. Vale la pena hablar del proyecto que nos expuso.

Artistas y críticos con Marcos Miliani

Galería Durban. Madrid

Marcos Miliani, nuestro anfitrión de ayer tarde —director del Museo de Caracas, y no puedo precisar muy bien de cuál de ellos, porque parece que hay dos o tres— es arquitecto, de poco más de cuarenta años. Tiene la voz pausada que denota su contacto permanente con la civilización, lo cual, si otro dato no viniera a corroborarlo, lo corroboraría el de su cabello corto y cano. Lo que vino a ofrecernos, aparte de su amistad cordial y la de los artistas venezolanos, es una especie de encuentro, allá en Caracas, entre artistas, críticos y estudiosos, sobre el problema de las artes. Será en febrero o marzo del próximo año y estará apoyado en una serie de exposiciones personales y colectivas.

Me parece muy bien. Yo, que al margen de eso tengo que ir el mes que viene a Caracas para "echar" tres o cuatro conferencias, utilizaré mi tiempo allí para precisar datos del proyecto.

Me parece muy bien, porque se trata de un encuentro de artistas y críticos del mundo hispanoamericano que yo creo que está muy necesitado de ello. ¿Necesitado por qué?

Porque los artistas de América en general están poseídos por una crisis de identidad. Necesitan

reconocerse a sí mismos, más que como artistas, como americanos. Desconocen muchas veces las dimensiones de su propia originalidad. Y muchas veces no se percatan de que esa originalidad les llega por su condición de americanos.

Hay que tener cuidado con eso de la originalidad. Porque hay, ciertamente, una pretensión de originalismo que no es eso: la originalidad basada en la deliberación y fundamentada en un argumentismo que, casi siempre, es falso. Yo me refiero a la originalidad involuntaria. Con frecuencia, pretendiendo hacer un arte atenido a los mandatos más rigurosos de los dictados formales, el artista americano hace un arte en el que no puede evitar una cierta exudación de la vida. Ahí, yo creo, hace su aparición el artista americano.

En alguna ocasión yo he tratado de apresar por escrito esa dicotomía que creo que existe entre los grandes artistas de la hora presente europeos y los de esa América virginal, a la que me quiero referir ahora. Resumiendo mucho las cosas, yo decía: Artistas de la gran vanguardia europea: Naturaleza esencial de la forma. Artistas de la nueva vanguardia americana: Forma esencial de la Naturaleza.

Claro está que eso no es más que una breve fórmula: una fórmula para un primer acercamiento. Pero por ahí van las cosas, yo creo. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

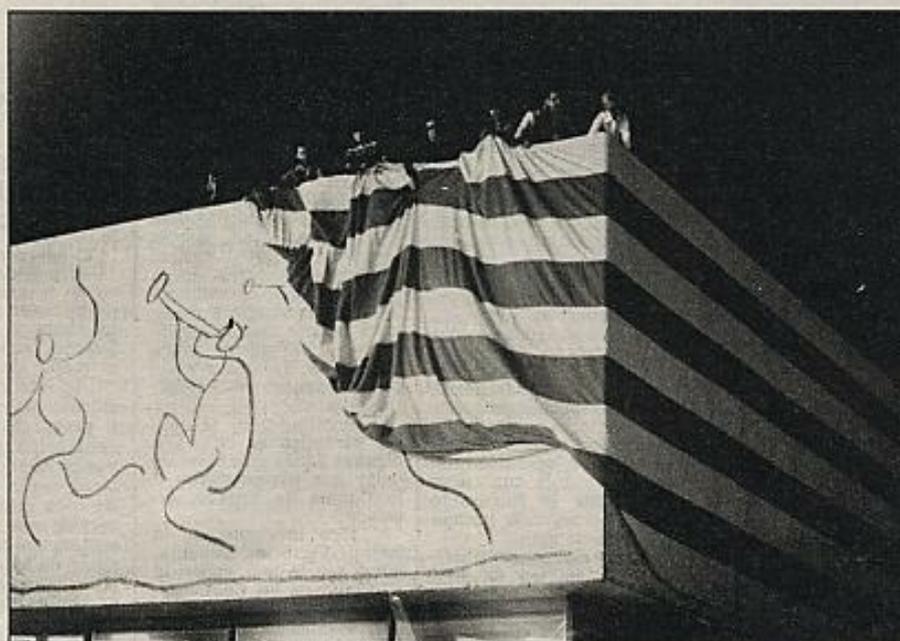
Imágenes de un año de lucha en las calles de Barcelona

Con la máquina fotográfica al hombro, Pilar Aymerich ha seguido paso a paso los acontecimientos de los últimos tiempos y nos ha explicado en imágenes los sucesos que ya han entrado a formar parte de nuestra historia. Ahora, en la galería Eude, de Barcelona, Pilar presenta la vida de las calles de Barcelona en 1976. En sus fotos, el año de luchas, de arranques, de movimientos populares que se expresaron por barrios, plazas y calzadas de Barcelona, tiene el mejor cronista que imaginarse pueda. Pilar Aymerich nos cuenta cómo los periodistas se manifestaron pidiendo la libertad de expresión; el por qué los funcionarios, los bomberos, los artistas, los músicos, invadían las calles de Barcelona. Pilar ha cazado los rostros de las feministas en sus iras contra el mundo machista que las rodea; los de las mujeres de Motor Ibérica; los de los niños pidiendo guarderías para todos "gratuitas y democráticas". Pilar se ha envuelto en los botes de humo de las mil y una manifestaciones a favor de la libertad, la amnistía y el estatuto de autonomía. Pilar ha captado el dolor en los funerales por los asesinatos en la matanza de la

calle Atocha. Es la exposición de Pilar la historia en imágenes de un año de "Rauxa" (palabra que quiere significar el arrebatado, el pronto) de un pueblo que se lanzó a la calle en bloque para exigir sus derechos y manifestar su protesta.

Las fotos que hace Pilar y Aymerich no son casuales, sino que están tomadas desde el mismo fondo de cualquier problema, cualquier acontecimiento. En los retratos de sus personajes todo está medido, calculado, y en los rostros de la calle, la rabia, la sonrisa o el miedo que nos sobresaltan son como el juicio, la interpretación de un mundo en el que Pilar se siente inmersa y en el que participa. Su opción no está hecha al azar a la hora de hacer "clik" con el disparador.

Pilar Aymerich presenta la historia del año 76 en las calles de Barcelona, pero su trabajo es de años. Ella se ha jugado el físico muchas veces y ha sentido el mismo pavor que sus fotografiados tenían al pedir en la calle libertad. Su trabajo lo realiza con mimo, con cuidado infinito y su apariencia tranquila, un tanto fría y distante, le sirve para ocultar el sentimiento protagonista que le arranca la protesta; más de una vez ha tenido que parar de disparar su carrete porque los ojos se le han llenado de lágrimas y el objetivo se le nublaba. La "Rauxa" de 1976 es la verdadera historia de algo que las crónicas escritas no nos podrán ocultar porque Pilar Aymerich lo ha sabido ver sin trampa ni cartón. ■ JULIA LUZAN



Una imagen de Pilar Aymerich. Bandera catalana sobre el mural de Picasso del Colegio de Arquitectos de Barcelona.